

ALEJANDRO DE LA SOTA (1913-1996)

Tríptico de su recuerdo

La muerte implacable se ha llevado de nuestra cercanía, que no de nuestra memoria, al maestro Alejandro de la Sota.

El 14 de Febrero pasado, en Madrid, su ciudad adoptiva, sobrevino, como siempre, inoportuna.

Desde estas páginas, con una urgencia sólo justificable por lo excepcional, queremos —a modo de reflexión— rendir un homenaje a su ejemplo, al arquitecto extraordinario, en representación de sus discípulos y amigos.

1-APUNTE BIOGRAFICO

El ilustre arquitecto había nacido en Pontevedra el 20 de Octubre de 1913. Tenía, pues, 82 años cumplidos.

Su infancia transcurrió en la capital gallega, en la que su padre, don Daniel de la Sota, fue presidente de la Diputación en los tiempos de Primo de Rivera. En esa ciudad cursó sus estudios de Bachillerato, formándose en un ambiente en el que las figuras de la generación "Nos" dinamizaban la vida cultural de Pontevedra. En ese contexto, la personalidad de Castelao marcó al futuro arquitecto en su forma de mirar el mundo.

Realizó los estudios de Arquitectura en Madrid, teniendo como profesores señalados a Pascual Bravo, Modesto López Otero, los Moya (Juan y Emilio) y Antonio Flórez. Tras la interrupción de la Guerra Civil, en la que participó, terminó la carrera en 1941. Su generación, a la que pertenecen también Miguel Fisac, José Luis Fernández del Amo, Francisco de Asís Cabrero o Ricardo Abaurre, afrontó la difícil situación cultural de la posguerra y de la reconstrucción de lo destruido Alejandro de la Sota adoptó desde el principio una actitud infrecuente, consistente

en la introspección de sus recursos poéticos y en la transformación de los datos exteriores en parte de una idea global trascendente.

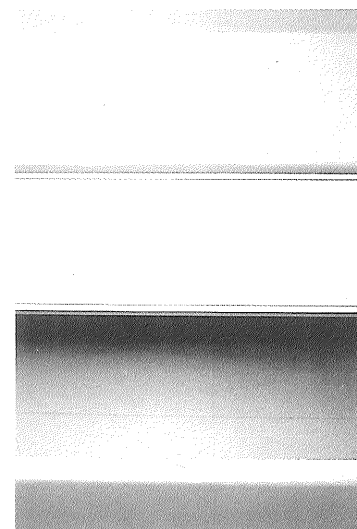
Aunque pueden distinguirse en su obra varias etapas separables por piezas fundamentales, es sin embargo la continuidad en la evolución lo que la caracteriza. Como meta final parece fijarse la racionalización de lo sensible para hacer sensible la razón.

Tras unos años de silencio, la etapa 1945-1955 está señalada por la influencia de la cultura vernácula y la plástica orgánica, con ejemplos tan notables como la Misión Biológica de Salcedo en Pontevedra (1950), los pueblos de Gimenezs en Lérida (1945), Valuengo en Badajoz (1956) y, sobre todos, Esquivel en Sevilla (1955), que supusieron los primeros reconocimientos públicos para el autor; a partir de entonces se centró en una búsqueda totalmente personal y autónoma, en una reelaboración de las premisas y el lenguaje racionalistas, con especial atención a Mies, Gropius, Mendelsohn, Breuer y Corbu, que desembocó en sus obras maestras. Entre 1955 y 1963 realizó el poblado de Fuencarral "B" (1955), los bloques de viviendas de Zamora (1956) y Salamanca (1963), aún referibles a la etapa anterior, para desligarse definitivamente con los talleres TABSA en Barajas (1957), el CENIM en la Ciudad Universitaria de Madrid (1963) y, sobre todos, el Gobierno Civil de Tarragona (1957), precedido del Concurso de la Delegación de Hacienda de la Coruña, no realizado (1956), y la joya del Gimnasio de Maravillas en Madrid (1961).

A partir de entonces, el arquitecto, consciente de haber rozado los límites de lo convencional, se vuelca en la exploración

de cauces experimentales en un proceso sin vuelta atrás, sin concesiones. Por un lado, la fascinación de la prefabricación, que le lleva del panel pesado de la casa Varela (1964) o el conjunto del Mar Menor del mismo año, del pabellón de Pontevedra (1966) o el colegio residencia de Orense (1967), no realizado, a la ligereza que, de Prouvé a "Robertson", pasa por las casas Guzmán en Madrid (1972) o Domínguez en Pontevedra (1976), o el proyecto de Alcedia, no realizado (1981), hasta el edificio de Correos en León (1981). La exploración del espacio contenedor, cruzada con el problema del revestimiento y el límite de la fachada que tiende a negarse, presentes desde las obras anteriores, se propone en temas tan diversos como el edificio de aulas en Sevilla (1972), el Centro de Cálculo para Caja Postal en Madrid (1975), las no realizadas sedes para Bankunión (1970) y Aviaco (1975) y el museo Provincial de León (1984), tampoco ejecutado. El ejercicio magistral del colegio Mayor César Carlos (1976) representa un esfuerzo de síntesis, que desemboca, una década después, en los Juzgados de Zaragoza y la embajada de España en París en 1987.

La fecha de 1989 supone en esa trayectoria un punto de inflexión que anuncia el final del viaje. En esa fecha se celebró en Madrid la exposición antológica de la obra de Sota, y murió Santiago, su hijo arquitecto. Los últimos proyectos, una nueva versión del Museo de León (1989-94), unas viviendas en Lorca (1988), la Biblioteca de la Universidad de Santiago (1993), o la ampliación del Cabildo Insular en las Palmas (1993) y las dos intervenciones en el Maravillas (1994 y 1996), supusieron un último esfuerzo por



Panel del edificio de Correos de León.

seguir siendo él mismo transformándose.

Su "militancia" colegial se sitúa en la primera fase de su biografía, en torno a las intervenciones en las Sesiones de Crítica, y en sus colaboraciones con "Arquitectura", a cuyo consejo editor perteneció. Más adelante se fue encerrando en un mundo autosuficiente y autoalimentado, en la misma medida que la fortuna crítica de su producción contribuyó a su propia autonomía.

Al hilo de sus obras, su vida profesional se gestó en significativos y prolongados silencios voluntarios. Aquellas travesías del desierto, la primera entre 1941-45, la segunda a principios de los años 70, coincidiendo con su alejamiento de la Escuela, la tercera a finales de la misma década tras la muerte de Santiago, le sirvieron para reflexionar y tomar aliento, volviendo siempre de ellas con energía diferente y renovada.

A su alrededor gravitó una vida familiar fructífera en torno a su mujer, Sara Ríus, y sus siete hijos (Daniel, Alejandro, Ana,

Sara, Santiago, Juan y José), ampliada al estudio como parte inseparable de una actitud en que vida y obra son aspectos distintos de una misma aventura.

En ella, la docencia —ejercida en las aulas de forma continuada (1956-72) o esporádica, a través de conferencias, y constante, en su estudio o por medio de sus obras, elaboradas siempre como lección provocadora desde un silencio que rasgaba como un estilete el ruido alrededor—, fue la verdadera vocación, la más profunda de quien se supo, casi desde el inicio, arquitecto y maestro.

2.-UN APUNTE PERSONAL

Mi primer recuerdo de Alejandro de la Sota se confunde con el primer encuentro con la Escuela. Mi primer examen, mi primer aprobado correspondiente al "Previo" del ingreso del plan 57, sin terminar el Bachillerato, fue firmado por aquel señor que hablaba de Wright y de la arquitectura popular con entusiasmo de forma tan sugerente. Era el año 59 y el maestro americano acababa de morir. Años más tarde, ya convertido para mí en una figura indiscutible, me "secuestró" desde las aulas a su estudio. Acababa de morir mi padre y me ofreció una ayuda intelectual y afectiva insuperable. Desde ese año 65 comprendí que era "mi" maestro. Más adelante compartí este sentimiento con otros amigos que sintieron, como yo, la fascinación de su obra y su persona, inseparables. Desde entonces, diez años inolvidables, escuchando y aprendiendo, prácticamente a diario, a sentir y razonar. A él le debo algunos de mis mejores amigos, la conciencia de las propias limitaciones y las convicciones que no ha logrado ir borrando la vida. Tantos

recuerdos, tantas reflexiones, tantos sentimientos, tantas batallas por aclarar las irritantes contradicciones, tantos esfuerzos por entender el porqué y las causas de los problemas.

Prácticamente lo poco o lo mucho que uno trasmite a sus alumnos, derivan de aquella prolongada experiencia. Desde ella, la reflexión dejada por escrito en torno a su obra y su actitud, en sucesivas ocasiones, han significado para mí un esfuerzo continuo por dar sentido y razón a la magia de sus construcciones. Las propias obligaciones fueron espaciando las visitas que nunca se abandonaron. Aumentó con el tiempo el afecto y el entendimiento mutuos.

Hoy recuerdo aquella "grande y honrosa orfandad" del 69, provocada por la muerte de Mies y Gropius, los maestros modernos de la obra y la reflexión.

Hoy, ante su muerte, encuentro vacías las palabras y pienso tan sólo en la orfandad, a secas, definitiva.

3.-LA LIBERTAD RIGUROSA

Ninguno como él, en la segunda mitad de éste siglo que termina, ha representado entre nosotros el esfuerzo mantenido por ejercer, con "autoridad moral" el "magisterio interior" capaz de transformar sus propias obras en referencia colectiva inevitable. Más allá de las soluciones magistrales, en algunos casos convertidas en imágenes ineludibles en la cultura contemporánea ("Maravillas", "Tarragona", "César Carlos"), la lección de su obra se encuentra dispersa en su "modo" de conocer, de mirar, de proponer, de sugerir, de renunciar.

Toda la vida de Alejandro de la Sota puede entenderse como un inacabable viaje interior a los orígenes. Desde Pontevedra,

donde nació, hasta Pontevedra donde descansará definitivamente mañana, 17 de Febrero de 1996. En ese viaje se fue despojando, sin prisa pero sin pausa, de lo accesorio. La ansiada desnudez, la "belleza calva", se hizo cada vez más abstracta, más genérica y menos dependiente, menos ligada a la expresión del sentimiento y más próxima a la sensibilidad intelectual. Por eso podía delegar el dibujo en manos y cabezas ajenas.

Su vida profesional, iniciada en 1941, fue como una persecución apasionada y obsesiva de la perfección de la Idea. Sin concesiones fundamentales a la galería, rectilínea, tensa.

Asumió, como nadie de su generación, los riesgos de la soledad logrando para sí mismo y su obra una libertad rigurosa, basada en la exigencia personal. El evidente rigor de una disciplina ejercida sin cesar, sin miramientos, está en el origen de la atracción que muchos sentimos hacia su obra y de la distancia insalvable que separó su figura de las actitudes más convencionales. Quien fue calificado, desde sus antípodas, como "arquitecto de arquitectos", sólo podía gestar su obra "desde su voluntario arresto domiciliario". Y, sin embargo, esa arquitectura nacida de la introspección y la renuncia tuvo un eco tal, especialmente sonoro en los últimos años, que reportó a su autor un reconocimiento fuera de toda comparación. Sota, como "maestro de maestros", se convirtió en una referencia ineludible para todos. Así puede entenderse el éxito de la exposición de 1989 y la concesión sucesiva de las medallas de oro de Bellas Artes en 1986 y de Arquitectura en 1988. Una sociedad tan apartada del principio moral que guió la trayectoria "sotiana" ahuyentó sus fantasmas con los premios tardíos, aunque bienvenidos.

Porque Sota venía despidiéndose de la vida desde la muerte de Santiago, su hijo arquitecto, hace ya siete años. La larga enfermedad y la tristeza no doblegaron fácilmente su inteligencia ni su voluntad de hierro, que le permitieron agotarse en el trabajo hasta el último aliento.

Visitar a Sota en esos tiempos resultó para muchos un acto simbólico de "reconocimiento", de ida y vuelta. Quienes fueron para contarle quedaron satisfechos; y al maestro parecía agradecerle la concurrencia de gentes tan diversas. Permitió, como siempre, la proximidad de los distantes, en especial la de los jóvenes, porque quiso sembrar en campos muy distintos una misma actitud, elaborada de forma intransferible. Su gran capacidad de persuasión, casi mágica, era la de un verdadero seductor, al que no se podía resistir la voluntad más que con esfuerzo y una cierta distancia para recordar y asimilar, para recrear en otra instancia.

Para algunos, desde su conocimiento, Sota estuvo ya presente para siempre, como un espejo transparente, en una relación inevitable. Como "padre-maestro", su comprensión precisaba de la madurez de sus "hijos-discípulos". Ese peso resultó excesivo para quienes se instalaron fácilmente en la actitud imitativa. En todo caso, para la inmensa mayoría de aquella intensa minoría, su actitud se convirtió en la referencia, una especie de "conciencia colectiva", a veces incómoda, que recordaba lo que se "debía" hacer, porque se "podía".

A mi entender, Sota representa el ejemplo más preciso de coherencia interna y de lucidez que ha producido nuestra cultura reciente. Irrepetible.

Por su actitud, bendito sea. ■

Miguel Ángel Baldellou